

Los autores proponer que la pertenencia a la sociedad instituye en los sujetos que la integran un modo de ver y un sistema de creencias que da las bases y a la vez legitima la "mentalidad" que los rige.

La mentalidad vigente enuncia un sentido al que se le otorga el carácter de "sentido común" basado en la creencia en un "orden natural".

La adhesión al "sentido común" y la creencia en un "orden natural" forman así parte de un modo habitual de pensar que afirma la suposición del sentimiento de unidad y de coherencia del ser humano.

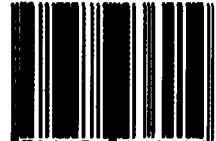
El "sentido común" instituye una lógica que aspira a explicar todo, no concibe un sujeto dividido, la adhesión al mismo encuentra uno de sus apoyos en la nostalgia por lo absoluto que experimentamos a la hora de pensar, de sentir, de relacionarnos.

Se postula en este libro que, en sentido contrario, la introducción de la noción de inconsciente ha implicado el cuestionamiento del "sentido común", con la consiguiente ruptura del sentimiento de unidad en la subjetividad, desarraigándola de la suposición de naturalidad.

Los autores conciben al inconsciente como no natural, como un órgano ético, lo que implica la desnaturalización de la ética, de la significación y de las pulsiones.

La vigencia de lo inconsciente debe luchar para mantenerse ya que está en conflicto permanente con las significaciones impuestas por la creencia en el "sentido común" que intenta asimilarlo y naturalizarlo.

ISBN 978-987-24364-1-4

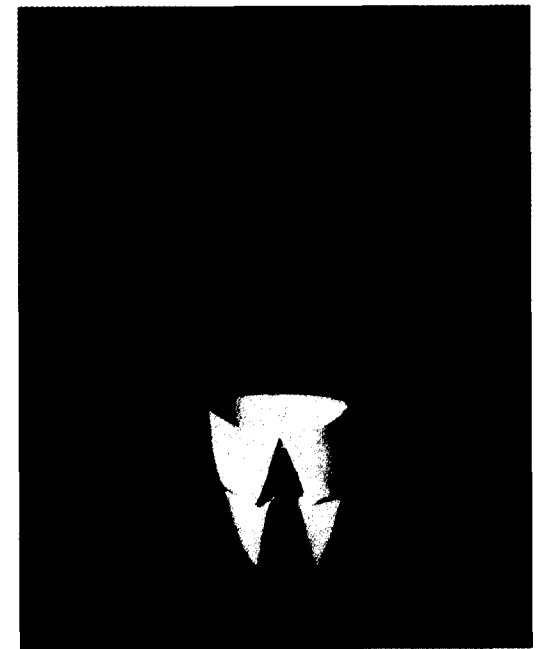


9 789872 436414

RODOLFO MOGUILLANSKY

JAIME SZPILKA

CRÍTICA DE LA RAZÓN NATURAL



**La mentalidad moderna,
el sentido común y lo inconsciente**

ediciones
BIEBEL

CRÍTICA DE LA RAZÓN NATURAL

*La mentalidad moderna,
el sentido común y lo inconsciente*

RODOLFO MOGUILLANSKY
JAIME SZPILKA

PRIMERA EDICIÓN

ediciones
BIEBEL

Moguillansky, Rodolfo

Crítica de la razón natural : la mentalidad moderna, el sentido común y lo inconsciente / Rodolfo Moguillansky y Jaime Szpilka. - 1a ed. - Buenos Aires : Biebel, 2009.
270 p. ; 20x13 cm.

ISBN 978-987-24364-1-4

I. Psicoanálisis. I. Szpilka, Jaime II. Título
CDD 150.195

© 2009, Rodolfo Moguillansky y Jaime Szpilka

© 2009, Ediciones BIEBEL

ISBN 978-987-24364-1-4

Derechos reservados

Se han efectuado los depósitos de ley 11.723

Ediciones Biebel

José Juan Biedma 1005, 1405 Buenos Aires, Argentina

Tel. (54 11) 4582-3878 • (54 11) 4585-4018

edicionesbiebel@yahoo.com.ar / edicionesbiebel@gmail.com

Queda prohibida, bajo sanciones legales establecidas,
la reproducción total o parcial de los contenidos de este libro
por cualquier medio, soporte o procedimiento,
sea fotocopiado, gráfico, electrónico, informático, filmico,
digital u otros.

Impreso en la Argentina en 2009

Diseño de interiores y cubierta:

Cálamus: calamus_libros@yahoo.com.ar

La ilustración de tapa pertenece a Magritte, 1966.

A Silvia

A Julián y Alejo

RODOLFO MOGUILLANSKY

*A mis nietos: Lucía, Carlota, Marta,
Daniela, Paula, Martín
y Alejandrita, que está por venir.*

JAIME SZPILKA

Índice

Prólogo	13
---------------	----

Primera Parte

I. LA MENTALIDAD MODERNA, EL SENTIDO COMÚN Y LO INCONSCIENTE	
<i>por</i> Rodolfo Moguillansky	19
1. La noción de mentalidad	19
2. La mentalidad que inaugura la época clásica	21
3. La mentalidad del Renacimiento	23
4. La conquista renacentista de la realidad , basada en la semejanza, es del orden de la ilusión.	26
5. La representación en la modernidad. La pérdida del criterio de semejanza.	29
6. La representación de la semejanza y la aspiración de simultaneidad.	32
7. Marchas y contramarchas	35
8. La representación de fines del siglo XX y el espectador medio.	39
II. ¿HOMO SAPIENS U HOMO MORALIS?	
<i>por</i> Jaime Szpilka	42

Segunda Parte

EL SENTIDO COMÚN, LO NATURAL Y LA CREENCIA EN EL INCONSCIENTE

por Rodolfo Moguillansky 57

CAPÍTULO I

La pertenencia a un conjunto, el sentido común, lo natural y la creencia en el inconsciente	59
1. La pertenencia a un conjunto y el "sentido común"	59
2. El <i>establishment social</i> y la lógica del "sentido común" ..	60
3. Lo conjunto y la alienación.	62
4. La <i>Otredad</i>	63
5. La creencia renacentista en la "conquista de la realidad"	68
6. La representación que espeja el mundo y la Gramáti- ca de Port Royal.	73
7. El <i>común modo de sentir</i> y el sujeto dividido.	75
8. El sujeto falto de certezas, desgarrado, culpable, que consultó a Freud. Algunas primeras reflexiones en torno a la demanda analítica.	77
9. La creencia en el inconsciente y la unidad imaginaria ...	81
10. El sentido común y las determinaciones de lo inconsciente.	84
11. La ilusión naturalística de realidad.	85
12. La noción de lo inconsciente <i>es necesaria y legítima</i>	86
13. El lenguaje no representa el mundo, lo construye.	92

CAPÍTULO II

La constitución de lo conjunto y la creencia en "lo Uno"	93
1. La pertenencia y la constitución de lo conjunto.	93
2. Los conjuntos de "lo Uno".	93

CAPÍTULO III

Lo atractivo de la nostalgia del absoluto.	101
1. El gris de la teoría y lo verde de la vida.	101
2. Slavoj Žižek, Albert Einstein, el espacio curvo y el espacio euclideo.	101

CAPÍTULO IV

Una particular forma de lo conjunto, el movimiento ..	106
1. El <i>movimiento</i> y los fundamentalismos.	106
2. Las teorías psicoanalíticas, las parroquias, el <i>movi- miento</i> psicoanalítico y el ambiente científico	107
3. El movimiento.	108
4. Las parroquias y sus idiolectos.	110

CAPÍTULO V

La tendencia unificante de la mente y el sentido común	113
---	------------

CAPÍTULO VI

El sentido común	121
1. El sentido común, las "sensaciones comunes" y el "sen- sorio común".	121
2. El sentido común y la creencia en una ley natural	122
3. El sentido común y lo que " <i>es</i> " razonable.	123
4. El sentido común, el principio de identidad, el origen único y la idea de centro.	125

CAPÍTULO VII

Nacemos psíquicamente concibiendo el universo como "lo Uno"	130
1. El nuevo acto psíquico y las cosmovisiones que genera ..	130
2. La búsqueda de "lo Uno"	132

CAPÍTULO VIII

La conformación de vínculos humanos está basada en la constitución de "lo Uno"	135
--	-----

CAPÍTULO IX

El sentido común y el diálogo cotidiano	139
1. El sentido común y la conversación	139

CAPÍTULO X

La necesidad de un punto fijo y la ruptura de lo instituido que trae el psicoanálisis	146
1. La necesidad de un punto fijo.	146
2. Lo instituido instituye lo que se sale de madre.	148
3. ¿El psicoanálisis escribe la historia de una carencia, o la carencia de una historia?	151

Tercera Parte**EL INCONSCIENTE COMO ÓRGANO ÉTICO**

por Jaime Szpilka	157
1. Lo natural	157
2. Los límites irreductibles de la cura psicoanalítica	169
3. Creer en el inconsciente. El inconsciente como órgano ético	173
4. El problema de la significación psíquica	185
5. Las pulsiones	190
6. Sadismo y masoquismo	195
7. La reacción terapéutica negativa	207
8. Descreer en el inconsciente. La estructura de la perversión	211
9. Freud y las desnaturalizaciones subjetivas	223
Bibliografía	224

Cuarta Parte**I. ANIMALADA**

por Rodolfo Moguillansky	229
1. Una consulta poco habitual	229
2. Interludio. Acerca de lo que esta consulta me suscitó	230
3. ¿Qué hacer, qué indicar?	232
4. Entrevistas familiares	233
5. Las entrevistas con José	237
6. El papel del otro en la constitución de la perversión y el lugar del analista en los procesos de transformación en la perversión	244
Bibliografía	247

II. REFLEXIONES SOBRE "ANIMALADA"

por Jaime Szpilka	248
Bibliografía	270

PRÓLOGO

"Hay que liberar a los objetos de la obligación de la semejanza".

Pablo Picasso¹

Comenzamos este prólogo con el epígrafe de Picasso, porque nos parece que, así enunciado, coincide con Adorno y Horkheimer cuando ellos aluden a la "esclavitud" al sentido común o a la institución que implica toda identidad por la inevitable represión que la signa. También nos recuerda a ciertas ideas de Leclair en *La malaise de la civilization*², cuando habla del inconsciente como un generador de anticuerpos contra las significaciones impuestas por la unidad.

Esta frase nos sirve de apoyo para la discusión que, como verán, queremos abrir en este libro sobre lo que ha implicado la introducción de la noción de *inconsciente* en la subjetividad humana, en tanto ruptura de todo sentimiento de unidad y desarraigo de toda naturalidad y las luchas a las que se ve sometida para mantener su vigencia, frente a un *sentido común* que ensaya asimilarla al tiempo que la naturaliza.

En ese sendero, es parte de la discusión que queremos poner sobre la mesa. Si bien sabemos que la noción de inconsciente surgió de la mano de Freud al cuestionar la *mentalidad* de la época, esta idea sin embargo debe repensarse permanentemente en tanto debe luchar

¹ Pablo Picasso, Exposición en París, "Carteles explicativos en la exposición sobre Picasso cubista", del Museo Picasso, exposición 2007, París.

² Leclair, S., *Aspects du malaise dans la civilization*, Navarin Editeur, 1987.

frente a una mentalidad que, al pretender naturalizarla, le hace correr el riesgo de perder su valor revulsivo.

Este libro surge de un largo intercambio que hemos tenido entre nosotros, en el que hemos ido descubriendo puntos de vista similares sobre estos problemas.

Aun en nuestras muchas coincidencias, y en aras de preservar la singularidad de cada uno de nosotros, hemos decidido que en las cuatro partes en que hemos dividido el libro, cada uno escriba un texto personal.

En la Primera Parte comenzamos con la mentalidad moderna, el sentido común y lo inconsciente y el *Homo sapiens* u *Homo moralis*.

Seguimos con una Segunda Parte en la que exploraremos cómo la pertenencia a un conjunto instituye en los sujetos que integran ese conjunto "un sentido común"; cómo el *establishment*, lo instituido por la sociedad, instala, erige, instituye una demanda que nos insta a adherirnos a una lógica que se coagula en ese "sentido común", que aspira a explicar todo; cómo el *común modo de sentir* presupuesto por lo instituido socialmente tiene entre sus atributos no concebir un sujeto dividido, apoyándose en la *nostalgia por lo absoluto* que tenemos a la hora de pensar, de sentir, de relacionarnos.

Remarcaremos que el sujeto de Freud era un sujeto que, luego de la "muerte de Dios", padecía de una subjetividad dominada por la falta de certezas, desgarrado, culpable. En ese seno se pudo incluir dentro de la subjetividad la idea de lo inconsciente. Destacaremos que creer en el inconsciente exige las condiciones mínimas bajo las cuales se cree en la palabra del otro como ley y como promesa de revelación de una verdad significacional que devuelva una unidad imaginaria perdida. También mostraremos cómo la ilusión de lo absoluto dada por el sentido común, sentido en el que

estamos habitualmente refugiados, nos hace creer que estamos por fuera de las determinaciones de lo inconsciente.

En ese territorio nos detendremos a poner en evidencia cómo las pertenencias a aquellos conjuntos que toman la forma de *movimientos* nos llevan, en ocasiones, a legitimar y afirmar fundamentalismos, tomando como eje la tendencia unificante de la mente que se apoya en el sentido común, noción de notable prestigio, aunque discutible ya que no existen "sensaciones comunes" entre los hombres, ni un órgano que pueda ser llamado un "sensorio común". El sentido común estipula lo que "es" razonable.

En una Tercera Parte nos interesará insistir en cómo la cura psicoanalítica comprende un espacio específico, irreductible tanto para sus indicaciones como para sus límites, que se constituye alrededor de una estructura de base en la que circula un sujeto que cree en el inconsciente. Postular al inconsciente en torno a la creencia implica en primer lugar desnaturalizar toda concepción acerca del mismo, otorgándole un estatuto ético singular, por lo cual todas las manifestaciones sintomáticas y todos los sufrimientos humanos que enfrentamos serían una expresión una y otra vez repetida de un intento de soslayar un conflicto ético subyacente, que exigiría el desencadenamiento de una dialéctica ética estancada.

Para considerar esa desnaturalización debemos considerar la importancia que la conflictiva edípica tiene en su constitución, la imposibilidad de comprender su estructura y función sino *après-coup* de la instauración ética del Bien y del Mal, la complicación paradójica que esas mismas categorías sufren en función misma del Edipo, y la dificultad de poder valorar el sentido real de la división pulsional Eros-Tánatos, antes que esas

categorías se instituyan. Todo eso implica una profunda revisión de la concepción de la significación y del valor que tiene la especificidad de una semiología estrictamente psicoanalítica.

Finalizamos con una Cuarta Parte, en la que discutiremos alrededor de un material clínico estas ideas que estamos proponiendo.

Rodolfo Moguillansky y Jaime Szpilka

Primera Parte

I.

La mentalidad moderna, el sentido común
y lo inconsciente
Rodolfo Moguillansky

II.

¿Homo sapiens u Homo moralis?
Jaime Szpilka

II.

¿HOMO SAPIENS
U HOMO MORALIS?*Jaime Szpilka*

La concepción de la naturaleza como la *physis* de la cual los filósofos presocráticos hacían emanar todo, tiene la virtud de ocluir cualquier sospecha de vacío o de hiato, así como lo primario es expresión de lo fundamental y de lo permanente, esencia por tanto de todo lo que hay y principio de todo ser. Como si concebir a una naturaleza y a un objeto como lo natural nos garantizara no solo la existencia de lo que es sin más, sino que nos impusiera su modo de ser como lo que debe ser, lo genuino, lo no falseado, y que por ende muestra la verdadera realidad de la existencia. Lo no natural sería siempre falso, un maquillaje, un artificio o una deformación que degrada o engaña sobre la verdadera esencia de las cosas. Así se construyó una dicotomía entre lo natural y lo artificial, donde lo primero era lo bueno y lo recto y lo segundo lo incorrecto y engañoso, y por lo tanto todo lo artificial que se precie de un cierto valor tiene que pretender parecer lo más natural posible. Como que una imitación, para ser buena, tiene que parecerse lo más posible al original y cuanto más se asemeje podrá tener pretensiones de valor. Como si el valor de lo natural fuera la ausencia de cualquier contaminación producida por el otro o por lo otro. Y así tiene sentido la clásica afirmación aristotélica de que lo natural es lo que define la esencia de los seres que poseen en sí mismos el principio

de su movimiento, tanto un ser como un llegar a ser lo que son, como una sustancia que subyace en la cosa haciéndola ser lo que es, de manera tal que lo que subyace y lo que yace son solamente una unidad.

Es desde esa bondad, esa corrección y adecuación, que se desprenden las consideraciones sobre el bien natural, el derecho natural, la ética natural, la significación natural, etcétera. Como que cualquier contaminación producida por el pensamiento, la idea o la mano del hombre, rasgaran una unidad y una pureza imaginaria, una inocencia que cuanto más inocente más sinónimo sería de la absoluta perfección. Y estas consideraciones referentes a lo bueno, lo correcto, lo puro y lo inocente, no podían dejar de enlazarse con el pensamiento de ciertos pensadores cristianos que relacionaron esas cualidades con la obra de la perfección divina. Así, lo natural ya no era solamente la expresión laica de una perfección universal, sino la perfección que como criatura había sido engendrada por la omnisciencia y la omnipotencia divinas. Solamente Dios podía ser entonces el único otro cuya pureza y perfección no solo no contaminarían la perfección de lo natural sino que por el contrario transferiría a lo natural la perfección de su divinidad misma. Así cualquier imperfección de la naturaleza sería más bien obra del pecado como consecuencia del alejamiento de la fuente divina. Y finalmente Spinoza reduce otra vez toda sospecha de otredad en la naturaleza cuando enuncia su famoso *Deus sive natura*, con lo cual lo natural y lo otro constituyen otra vez una unidad sin fisura. Lo natural y lo sobrenatural son una totalidad autosuficiente en sí misma, con lo cual se cumpliría otra vez la definición aristotélica inicial.

Ya veremos cómo la idealización de la naturaleza como concepto de lo que la cosa es, como garante que

contiene en sí mismo el testimonio de su mismidad, como presencia que perdura en el ente, como postulado metafísico de la esencia, tanto en su versión biológico-animal como en su versión teológico-dogmática, clausura constantemente la pregunta por el sujeto, clausurando en primera instancia la pregunta por la sexuación misma, por ejemplo ¿qué es ser hombre o ser mujer?, con lo cual la historicidad radical que hace a la respuesta perpetuamente abierta e irresoluble, se condena con el canon natural establecido de la división entre macho y hembra.

Pasa lo mismo con la radicalidad de la cuestión del ser. En lugar de considerarse al ser como un efecto mítico de la palabra, como algo que está en deuda interminable con la palabra, y por tanto como un futuro de realización asintótica, se lo considera como algo dado, algo terminado de lo que palabra da cuenta, el ser está en la naturaleza y solamente no hay que deformarlo para atraparlo. Fuera del espejismo de la naturaleza, en cambio, la verdad, efecto mítico del habla, que antes era lo que era o no era lo que no era, se transforma ahora en objeto de una búsqueda interminable e imposible. Justamente porque lo que antes no fue, después de hablar ya menos puede ser. El ser pasa a ser una tarea interminable e insuturable, una labor de construcción inexorable que en tanto que lo va creando lo va alejando cada vez más e irremisiblemente de cualquier finitud naturalmente dada, que transforma al sujeto justamente en humano por su no terminar nunca de ser, por dejarlo sin clausura final.

Es lo que ocurre por ejemplo cuando se nombra a un sujeto; en ese momento, llamarlo Pepito es colocarlo en una deuda interminable, donde el sujeto tanto acusa como es acusado por la palabra, y acusado en el sentido de ser una criatura sexual animal que nunca terminará de estar a la altura de su nombre. Es lo que pasa con la

identificación, que uno primariza como si fuera un fenómeno mecánico por el cual el sujeto va sumando distintas cualidades de seres a su ser, cuando en realidad implica en su esencia, en su verdadera primordialidad, la conminación a ser otra cosa que la cosa ontológica natural aparentemente finita, a ser humano, y que, justamente por esa conminación a ser otra cosa, nunca terminará de devenir lo que la conminación le exige, porque su humanidad se define justamente por la identificación como problema asintótico donde el sujeto antes no fue y después dejó de ser, cosa que tan bellamente describe Freud en la doble orden conminatoria que parte del superyó, "Como yo has de ser y como yo no has de ser". Todo lo cual define al sujeto que se identifica como el que antes no fue, y que después se siente conminado a identificarse con quien le muestra la dirección de su deseo como de imposible realización.

En todos esos sentidos podemos decir que la idealización de la naturaleza y de lo natural culmina con una lógica no paradójica acerca del derecho natural, de la ética natural y de la significación natural. Naturalidades todas que encuentran su expresión máxima en lo que podríamos llamar la lógica del sentido común, no cuestionado, inmediato, y que crea el cobijo del compartir con el otro el placer gozoso de lo familiar, de lo "Heimlich", del estar en casa. Lógica que esconde detrás de su aparente inocencia e ingenuidad, la negación absoluta de lo inconsciente, en tanto en su posición represora, instituyendo un ser, y toda institución es en el fondo la institución de una lógica represiva, obtura lo que el inconsciente mismo instala y delata, la ruina y la imposibilidad del ser. Al fin y al cabo vale la pena insistir en que uno de los más trascendentes descubrimientos freudianos fue el de la destitución del júbilo de la

palabra, ya que las promesas que ese júbilo prometía a lo largo del desarrollo del pensamiento occidental, la verdad y el saber del ser, se delataron finalmente en su propia imposibilidad, como que lo que la propia promesa abrió es lo que finalmente la hizo devenir imposible.

Pero detrás de ese "Heimlich", detrás de ese placer gozoso de compartir un sentido común, como lo que es lo más natural del mundo, se esconde siempre una dosis de violencia contra un tercero necesario como víctima, lo "Unheimlich" negado. Como que el sentido común implica siempre una complicidad narcisista, sea en la amistad, en la pareja, en los que comparten una patria, una religión, un equipo de fútbol, una ideología política, un esquema referencial, etcétera, que solamente se sostiene contra un tercero hostil que implica siempre la posibilidad de una perspectiva ajena que amenaza la unidad imaginaria instituida en la complicidad. Otro ojo, otra mirada, otra significación, otro sentido, otro significante, ponen siempre en riesgo el abrigo narcisista de lo compartido, lo común, que inevitablemente se constituye sobre un ajeno y no común rechazado y temido.

Sabemos del antagonismo entre narcisismo e inconsciente, y de lo absurdo que resulta, por ende, hablar de narcisismo inconsciente. El narcisismo es unidad imaginaria, fascinación por la unidad imaginaria, mientras que el inconsciente habla de la fisura de esa unidad. Pero lo interesante de esa fisura es que aun pretendiendo el sujeto recuperar la unidad narcisística perdida haciendo consciente lo inconsciente, la unidad no se restablecerá jamás. Porque el inconsciente no significa solamente una caída de la racionalidad cuando el pensamiento queda acogido bajo leyes diversas de las leyes aristotélicas clásicas —identidad, no contradicción y tercero excluido—, es decir bajo la ley paterna barrida por

el proceso primario, sino que manifiesta aun en la racionalidad recuperada, una vez hecho consciente lo inconsciente, la maldición, la imposibilidad que se gestó en el ser por el acto del habla. La significación nunca más será plena, sino que siempre arrastrará una falla que Freud describe tan bien con el concepto de "Sachvorstellung" y "Dingvorstellung", esa representación inconsciente de cosa de la que solamente se puede hablar pero que, paradójicamente, por eso mismo nunca se puede terminar de decir. Y en esa cuestión toda la problemática de la razón vacila y tambalea, porque puede integrarse en la unidad imaginaria narcisista, es decir en lo "Heimlich" en lo verdadero, y por ende tendrá que sostener a ultranza la represión, enraizarse en el sentido común y sostener al ser en su naturaleza, o hacerse una razón razonable, valga la tautología, con lo cual nunca coincidirá con la verdad, sino que dejará hacer emerger su falla, como diferencia entre la razón y la verdad de la que da cuenta el deseo inconsciente.

Como si la razón engendrara su propia entropía. Y por eso el psicoanálisis no puede entrar a la manera común en la clásica discusión entre el racionalismo y lo irracional, justamente porque plantea la cuestión de frontera donde lo irracional no es más que la diferencia perenne entre la razón y la verdad, entre lo que se puede decir porque se dice y lo que no se puede decir porque se dice, diferencia cuyo producto es la consideración del deseo inconsciente. Desde esta perspectiva es que planteamos discutir la clásica tesis aristotélica donde se define al hombre como animal racional, sustituyéndolo por hombre igual animal deseante.

Desde todas estas cuestiones podemos pensar que hay una razón totalitaria, una razón donde el significado es absoluto, donde se desconoce el valor de la repre-

sentación inconsciente de cosa y lo que implica en la constitución de una razón razonable. Esa razón totalitaria paradójicamente coincide con el irracionalismo de ciertos sistemas autoritarios fascistas. La idealización de la naturaleza y de lo natural, la persistencia gozosa en la ley del sentido común y la constitución de la ideología fascista finalmente forman una unidad. No es ajena a esta cuestión la problemática esencial de la división de sexos en macho y hembra como promoción jubilosa de la perfecta ordenación de la ley natural. De allí hay un solo paso para la construcción de la finitud del ser y de la finitud de la significación, de las jerarquías y de las razas naturalmente concebidas y de los privilegios que, ajenos a la constitución social y al devenir sublimatorio, al esfuerzo social en pos del ideal nunca alcanzable, se otorgan en función de una propiedad esencial concebida como tal por capricho y decisión natural. Por ejemplo en el nacionalsocialismo ser ario culminaba al sujeto en su ser, era por sí mismo raza superior, y llevaba en sí mismo el principio de su movimiento, es decir tanto un ser como un llegar a ser lo que es. Como decía Aristóteles, lo natural sería una sustancia, la ariedad, que subyace a la cosa y la hace supuestamente llegar a ser lo que es. Pero detrás de cualquiera de esas substancializaciones se esconde la clásica división entre macho y hembra, división que en tanto vacila hace vacilar y conmover todo el sistema de la naturaleza del ser, y por eso en todo sistema totalitario, de cualquier signo que sea, no se soporta lo que pueda hacer tambalear la rígida división binaria.

Y podemos ver la inmensidad de la diferencia en la concepción freudiana de la identificación primaria, en la que el sujeto es conminado por el ideal justamente a lo contrario, a despojarse de lo que es como sujeto natu-

ral, para ser otra cosa, ser lo que no es y no ser lo que es, y que culmina en la imposibilidad final de ser que emana de la aserción superyoica "Así como yo debes ser, así como yo no debes ser". Renegar esa falta en ser, renegar que el ser es un efecto mítico retrospectivo por efecto del habla, constituye la esencia del pensamiento y de la ideología fascista, en tanto hay un ser, un ser que es por naturaleza, un ser que es frente a otro ser inferior que no es y que debe ser aniquilado para no contaminar la perfección del ser superior.

Pero eso que es tan evidente y caricaturesco en el fascismo burdo también acompaña a todo pensamiento anclado solamente en el sentido común y a toda razón que se pretenda autoritaria y absoluta, y que se disimula tantas veces en lo "heimlich", en el "buen rollito", y sobre todo en la complicidad gozosa de los que comparten una misma perspectiva, un determinado sentido común, una posición que puede disfrazarse tantas veces de amor, de altruismo y de ideal compartido. La razón absoluta y totalitaria es la razón entonces que se olvida del inconsciente, del cual se olvida también el fascismo y toda formación totalitaria que implique un abrigo narcisista común, aunque se llame enamoramiento. La razón absoluta sabe lo que el ser es, lo que es un hombre, una mujer, una patria, una religión, el bien, el mal, etcétera. En síntesis, en la razón totalitaria se sabe lo que el significado significa.

Por eso desde estas posiciones absolutas y totalitarias se cree en la naturaleza como se cree en el paraíso. Se olvida que el paraíso es una construcción "nachträglich" al paraíso perdido, ya que antes de perderse ni siquiera existía y solamente queda constituido por la pérdida. Igual ocurre con el concepto de naturaleza que es engendrado por el mito romántico de un antes cons-

truido después de su imposibilidad. Por eso podemos decir que no hay nada menos natural que la naturaleza, concebida como si fuera una existencia real perdida y corrompida por el hombre, como que fue el corrompimiento de Adán y Eva el que hizo que perdieran el paraíso frente a la ira de Dios.

Por eso creo interesante seguir ciertas reflexiones acerca de la curiosa prohibición que en el mito del Génesis se hace acerca del árbol de la ciencia del Bien y del Mal. Paradoja sorprendente es la de que Dios permita comer del árbol de la vida y no del árbol del Bien y del Mal, cuando comer de ese árbol implicaría que el ser humano se hiciera cargo de su compromiso ético en su existencia humana. Aquí creemos importante introducir interesantes intuiciones de la cábala donde se postula la diferencia entre lo animal y lo humano en torno al concepto de la nada. Como que lo que diferencia a lo animal de lo humano es la concepción, la creación y la conservación del concepto de nada. Y lo que realmente queremos aportar nosotros es que la creación, la concepción y la conservación de la nada tiene todo que ver con la particularidad ética interdictiva que crea la instauración edípica dentro del sujeto humano y por supuesto de lo que el inconsciente implica. Como que de esa instauración se produce el único verdadero desgarramiento del campo de lo natural, que crea una autonomía de toda significación de un autoexpresionismo natural y que culmina con la importancia decisiva de la creación del concepto de falo.

Como que el falo ocupa el lugar donde toda significación fracasa y se sustenta en tanto marca de la imposible articulación para siempre jamás entre lo simbólico y lo real. Como que la naturaleza viene a querer hacer posible la imposibilidad de lo real mismo. Solamente a partir de esa restricción del goce absoluto con lo

real, donde toda significación se hace monótonamente expresión de esa restricción, podemos decir que el sujeto concibe y conserva el concepto de la nada, ya que todo significado significa nada más que la instauración de un corte en la expansión instintiva natural con lo real. Pero justamente en esa restricción ética, donde la simbolización emerge como simbolizando lo que cae por efecto de la simbolización misma, y no una cosa previa natural, se cumple el presagio de la serpiente. La serpiente le dice a Eva que Dios les prohíbe en realidad comer del árbol de la ciencia del Bien y del Mal porque teme que entonces también ellos devendrán dioses. Y es que justamente a partir de la creación de la nada es que el sujeto humano deviene efectivamente un Dios, ya que es a partir de la nada que recién puede crear un mundo.

El inconsciente y el complejo de Edipo, con su red interdictiva y con su desencadenamiento del mundo simbólico verdadero en función de las categorías del Bien y del Mal sientan las bases para un conocimiento totalmente diverso del conocimiento que se obtiene a partir solamente del conocimiento del árbol de la vida. En este último conocimiento se conoce de acuerdo a fines de una preservación animal "natural", es decir se conoce todo porque no se conoce nada en tanto el objeto de conocimiento no tiene merma por mor de lo simbólico, es decir es pleno en tanto no es significante de sí mismo. Pero por eso mismo aún no existe verdaderamente un "Homo sapiens" en todo su sentido. Solamente puede aparecer un verdadero "Homo sapiens" cuando todo conocimiento del otro y de lo otro vacila por mor de lo simbólico, en tanto todo otro es solamente significante de sí mismo. Pero justamente por eso se puede conocer, porque hay merma, porque hay falta, porque se creó la nada a partir de lo cual se puede crear un mundo. Y por eso no hay

"Homo sapiens" antes de "Homo moralis, porque no hay nada para saber antes de crear la ignorancia y la nada que la ley moral del Bien y del Mal sostiene con la interdicción edípica del goce pleno con lo real de la madre."

Insistimos más arriba cuánto del problema del saber de la verdad se cobija en el orden de la razón. La verdad aparentemente la tiene quien tiene la razón, y es así cuando se la considera en el orden de la correspondencia "adaequatio rei et intellectus", como cuando se la considera en el plano de las validaciones más puras de la lógica proposicional en términos de verdadero o falso. Pero tanto en el primero como en el segundo caso algo de la verdad imposible se hace presente en su trastabilleo. Porque curiosamente no es por ejemplo la mayor penetración visual en la más fina estructura del objeto, ni la más sutil reacción desencadenada por el más fino experimento científico, lo que va a dar cuenta de que se significa cuando se nombra a un hombre o a una mujer. Sobre todo cuando se quiere dar cuenta de lo que un hombre o una mujer son después de que se habla, es decir, después de que por tener que decirlo ya no pueden sino preguntarlo. De allí en más cualquier respuesta sobre la diferencia solamente podrá ser un mito que la dice o que la desdice. Y no es menos cierto, además, que en la validación de la lógica proposicional, en el sentido de lo necesariamente falso o verdadero, las tautologías, el resultado carece de todo valor informativo. En el polo de lo absoluto en realidad no decimos nada. Como si, por ejemplo, de manera caricaturesca le dijéramos a un paciente que ama a su madre y quiere matar a su padre, no le diríamos nada porque pretendemos decirle todo. Wittgenstein mismo sostenía que en lo absoluto la proposición no es "Sinnvoll" es decir no es significativa, porque para que sea "Sinnvoll" una proposi-

ción molecular debería oscilar circunstancialmente entre su falsedad y su verdad. Para poder significar algo debe desplazarse desde el lugar en donde lo verdadero y lo falso se imponen como un absoluto. Por eso fuera del cobijo en la razón, donde la verdad aparece como problemática de un antes que no era y de un después que ya dejó de ser, la cuestión se nos presenta como una cuestión bien previa a la verdad como correspondencia o a la validación de la lógica proposicional. Se nos impone más bien como pregunta sobre el ser a la manera de ¿hay una verdad del ser? o ¿es el ser de verdad? Mientras que en la verdad como correspondencia o en la validación de la lógica proposicional como verdadero o falso, se descuenta que hay un algo como referencia plena fuera del discurso, fuera del cobijo en la razón, desdeñándose por ejemplo la pregunta de ¿por qué es en general el ente y no más bien la nada?, que nos cuestiona, ¿hay algo de verdad? ¿hay una verdad para saber? Aparece justamente como cuestión la verdad misma de la verdad, como constituyéndose solamente como asintótica promesa. Como verdad imposible que va y no va a ser porque se dice. No la que fue, sino la que será y por eso mismo se seguirá esperando. La que en realidad antes no fue y después ya no podrá ser.

Por eso es tan insoportable la pérdida de la naturaleza que el concepto de inconsciente implica. Vacila toda la significación, en tanto ya no se sabe con certeza lo que la significación implica, como vacila la sexualidad, como vacila la definición del Bien y del Mal. No como demostraremos más adelante que no podemos diferenciar entre el Bien y el Mal teniendo que afiliarnos a un riesgoso más allá del bien y del mal nietzschiano, que en última instancia implicaría la violencia de un retorno a un estado romántico e imaginario de pura y

verdadera naturaleza que jamás fue, sino que merced a la ley edípica se entra en un universo donde el sujeto humano queda referido a una paradoja ética y lógica que puede postularse como que hay un Bien en su mal y un Mal en su bien, que compromete profundamente sus cimientos éticos y el sentido tanto de su enfermarse como de su curarse.

Por todo esto consideramos tan importante hacer una crítica a cualquier consideración naturalista del inconsciente, y postularlo más bien como estructurándose alrededor de una asunción ética que solamente la instauración edípica legítima. Por eso nos va a importar definir al inconsciente como un órgano ético que se organiza paradójicamente cuando se articulan en el sujeto un bien instintivo catalogado como "bien natural" con lo que se considera un Mal moral, lo cual constituye la esencia de lo reprimido, dando lugar a la vez a la transformación del bien instintivo anterior en un "mal natural" articulado a un Bien moral. Ya veremos cómo las categorías de "Böse", "Weh", "Wohl" y "Gute" pasan a dar cuenta de toda esa complejización.

También desnaturalizar al inconsciente implica fijar su constitución fundamental en torno a la palabra como ley, con lo cual se crea la posibilidad de la significancia en el mismo momento en que todo significado del mundo se desnaturaliza, por ser producto no de una autoexpresión de lo real sino de una restricción simbolizante solamente sostenida por el falo en su imposibilidad. Gran parte de los conflictos psicopatológicos deberían así pasar a considerarse más acá o más allá de una diferencia preedípica o edípica, narcisista o edípica, pregenital o genital, para pasar a ser considerados como fracasos o crisis en relación a las desnaturalizaciones subjetivas respecto de la significación, las pulsiones o la

ética. Como un exceso del árbol de la vida en relación al árbol del conocimiento del Bien y del Mal.

Así, solamente cuando se puede considerar un Bien en el Mal y un placer en el displacer subjetivo, tendría recién sentido hablar de una pulsión de muerte y de una compulsión repetitiva más allá del principio de placer, comprometida con lo que llamamos destructividad solamente a través del pasaje por el complejo de Edipo y la intervención crucial del superyó, y como testimonio del desgarramiento de la naturaleza merced al atravesamiento significativo.

Por otro lado nos va a interesar también evidenciar que la reacción terapéutica negativa manifiesta como caricatura el factor moral que se soslaya una y otra vez en la base de todos los síntomas, lo que desvela un núcleo ético conflictivo que marca la irreductibilidad del psicoanálisis a cualquier intervención psiquiátrica o a cualquier articulación lógica con algunos de los interesantes desarrollos que puedan emanar de las llamadas neurociencias. Por otro lado, es en la estructura de la perversión donde se expresa la denuncia de la imposibilidad de lo naturalmente natural, valga la tautología, aun a costa de ejercerse una descreencia en el inconsciente y de desautorizarlo como estructura ética. Así, desnaturalizar al inconsciente insiste en manifestar que el psicoanálisis marca al conflicto y al sufrimiento humano solamente desde su especificidad ética.

Por eso nos resulta tan estimable y reveladora la aserción de Picasso cuando dice que su función consiste en liberar a los objetos de la obligación de la semejanza. Nos revela el fascinante e inquietante, por enigmático, "impasse" de la identificación primaria, tal cual Freud nos la presenta en el Apartado VII de *Psicología de las*

masas y análisis del yo, y nos define la esencia en que la desnaturalización consiste. Para que algo tenga significación en un mundo humano debe ser lo que no es y no ser lo que es.

Es irresistible introducir como síntesis uno de los más bellos poemas del recientemente fallecido Ángel González en su hermoso libro *Palabra sobre palabra*: "Pétalo a pétalo memorizó la rosa / Pensaba tanto en la rosa / La aspiró tantas veces en su ensueño / Que cuando encontró / a la rosa verdadera / Desdeñoso / volviéndole la espalda / le dijo / mentirosa".